

CLAUDIO ELIANO

HISTORIA DE LOS
ANIMALES

LIBROS I-VIII

Aquejado de una credulidad excesiva o bien deseoso de hallar lo asombroso y lo bizarro, Claudio Eliano (siglos II-III d. C.) relata extravagancias como las de animales que se enamoran de humanos –una grajilla, un elefante, un áspid, una foca, ánsares...–, e incluso incurre en relatos de bestialismo y canibalismo abyectos; describe seres fabulosos que en la Edad Media se impondrían en la fantasía literaria y popular, como el unicornio y los grifos; compila supersticiones –remedios contra hechicerías, magia simpática... – y hechos inverosímiles –los lobos cruzan los ríos mordiendo la cola unos a otros en fila india, el gallo asusta al león y al basilisco, la zorra mata a las avispas para arrebatarles su miel...–. Tales descripciones, desprovistas por completo de cualquier valor científico, son el precio que el autor pagó al gusto de su época por lo curioso y lo exótico, que tuvieron su mejor acomodo en la literatura paradoxográfica, muy característica del período.

INTRODUCCIÓN GENERAL

I. DATOS BIOGRÁFICOS

Dos son las fuentes principales utilizables para trazar la biografía de Eliano: *Vidas de los sofistas* de Filóstrato y las parcas noticias de la *Suda*. He aquí lo que nos dice Filóstrato (II 31):

Eliano fue romano, pero escribía el griego como un ateniense de pura cepa. Paréceme digno de elogio este varón, en primer lugar, porque, a pesar de vivir en una ciudad de distinta lengua, consiguió con su esfuerzo hablar el griego con pureza; en segundo lugar, porque, aun siendo proclamado sofista por aquellos que suelen otorgar este título, él no se prestó a que se le tuviese por tal, ni se envaneció por un apelativo tan pretencioso, sino que, considerando después de maduro examen que no estaba capacitado para achaques de retórica, se dedicó a escribir historia, y en esta actividad se granjeó general admiración. La simplicidad fue la característica del estilo de este hombre, una simplicidad que recuerda la gracia de Nicóstrato, pero en ocasiones recuerda también el estilo elevado de Dión.

Filóstrato de Lemnos le encontró una vez con un libro en la mano. Lo estaba leyendo con colérico y levantado tono de voz y aquél le preguntó qué estaba estudiando, y Eliano le contestó: «Yo he compuesto un alegato contra Gymnis [el mariquita, apodo aplicado a Heliogábalo que fue ajusticiado en 222]. Así llamo yo al tirano ejecutado recientemente, el cual, con toda suerte de desenfreno, causó la oprobiosa

perdición del Imperio». Filóstrato repuso: «Contarías con mi admiración si le hubieras acusado cuando vivía». Pues decía que era de hombres cabales frenar a un tirano en vida, pero arremeter contra uno muerto, lo hace cualquier pelafustán.

Este hombre solía decir que jamás había salido de su tierra y viajado fuera de Italia, ni se había embarcado ni conocía el mar, de modo que gozaba de gran estimación en Roma por el alto aprecio que hacía de su género de vida. Fue discípulo de Pausanias, pero veía con admiración en Herodes Ático al más variado de los oradores. Sobrepasó los sesenta años y murió sin hijos, porque con no casarse evitaba procrearlos. Mas no es ocasión de especular ahora sobre si esto acarrea felicidad o infortunio.

A estas parvas noticias de Filóstrato podrían añadirse otras todavía más pobres de la *Suda*; pero nos ahorramos este trabajo porque nada nuevo añaden a la semblanza trazada por Filóstrato, el cual tenía buenas razones para conocerlo íntimamente, pues perteneció lo mismo que Eliano al círculo literario que, patrocinado por la emperatriz Julia Domna, esposa de Septimio Severo, estaba integrado por Opiano, Sereno Sammónico, Galeno, Diógenes Laercio, los juristas Papiniano y Ulpiano, y otros. A él tomamos, por lo tanto, como nuestra fuente principal.

En los párrafos transcritos encontramos suficientes datos definidores de la personalidad de nuestro autor: dedicación al estudio, amor exclusivo y exclusivista de Roma, vida recoleta alternada con el cultivo de amistades selectas. Sólo nos falta añadir que nació en Preneste (actual Palestrina), en donde llegó a ser sumo sacerdote (*archiereús* o *pontifex*, según la *Suda*). Pasó luego a Roma, donde, como acabamos de ver por el testimonio de Filóstrato, se dedicó al aprendizaje de la retórica, que abandonó para dedicarse a escribir historia. La *Suda* le llama *meliglossus seu meliphthongus a linguae et vocis suavitate* en la traducción de Wolf (Basilea, 1581).

II. OBRAS

Las obras de Eliano, de que conservamos memoria, son:

1. Un tratado *De Providentia*.
2. Un tratado *De divinae potentiae argumentis*.
3. Epigramas.
4. Diatriba contra Heliogábalo titulada *Contra Gymnis*.
5. *De natura animalium*.
6. *Epistulae*.
7. *Varia historia*.

A juzgar por los fragmentos transmitidos por la *Suda*, los dos primeros tratados son de inspiración estoica y formaban parte de una antología de relatos destinados a inculcar en los lectores la idea de que los incrédulos reciben el castigo de su incredulidad. En ellos se condena también el escepticismo de los epicúreos, cuyo jefe, según Eliano, experimenta en su propia carne las iras de los dioses negados por él.

Los números 1084-5 de los *Epigrammata graeca ex lapidibus conlecta* de G. Kaibel (Berlín, 1878) son dos epigramas de Eliano que estaban inscritos en estatuas de Homero y Menandro erigidas en la casa que Eliano tenía en Roma, a la entrada de su biblioteca.

Filóstrato en la «Vida de Eliano», ya reseñada, nos dice que un día lo encontró su colomboño de Lemnos leyendo en voz alta y en tono indignado una diatriba contra *Gymnis*. Con este mote, que significa algo así como «afeminado», se refería Eliano, según propia confesión, a Heliogábalo, ejecutado en el año 222. Por supuesto esta diatriba, que nos hubiera dado la medida del aprovechamiento del prenestino en la escuela de Pausanias de Cirene, se ha perdido.

De la obra principal de Eliano, que ha pasado a la historia de la literatura con el título latino de *De natura animalium*, hablaremos luego más detenidamente.

La *Varia historia* es una obra en 14 libros, cuya primera parte se ocupa, como la anterior, de cosas de la Naturaleza. La obra es un compendio, como prueba el hecho de que algunas partes se encuentran tratadas más extensamente en Estobeo y en la *Suda*. El carácter marcadamente erótico de algunas de estas historias, como la 32 y la 34 del libro I y la 4 del libro II, enlaza esta obra con las «Historias Milesias».

También en *De natura animalium* se observa esta afinidad con el erotismo de la novela jónica, como tendremos ocasión de demostrar. Finalmente y para terminar hacemos mención de las *Epistulae* (*Epístolas campesinas*), que son veinticuatro cartas, en las que se nos ofrecen estampas del ambiente campesino, sin que falte, como es norma en la obra de Eliano y en composiciones de este tipo, el motivo erótico. Por la forma y por el contenido estas *Epístolas* son aticistas también.

En cuanto a la *Historia animalium*^[1], que es como una especie de cajón de sastre en donde se recogen de manera desordenada y caótica las observaciones propias y ajenas –más ajenas que propias– sobre el mundo animal, ofrece poco interés desde el punto de vista científico, sobre todo si se mira con criterio moderno, pero no carece de interés literario, porque las disparatadas, pintorescas, extraordinarias y estrambóticas historias que en ella se narran, se cuentan con gracia ática, estilo llano y sugestivo. Toda esta sarta de disparatadas amenidades, de las que, sin embargo, pueden entresacarse algunas provechosas enseñanzas, van encaminadas a demostrar que existen unos dioses providentes que cuidan de todas sus criaturas, que la Naturaleza que es un principio inmanente (por eso nosotros escribimos siempre esta palabra con mayúscula), es sabia y benéfica. Ella guía a los animales, que ca-

recen de razón, en el camino que deben seguir para alcanzar todo aquello que les es provechoso y rechazar todo aquello que les es perjudicial. Una de las preocupaciones principales de Eliano es demostrar que los animales, guiados por un instinto natural, son capaces de sentimientos elevados, más elevados que los del hombre mismo: generosidad, espíritu de sacrificio, amor a la prole, veneración hacia los padres, castidad, etc. Pero no adelantemos la exposición de ideas que implican una valoración de la obra, punto al que hemos de consagrar algunos párrafos.

III. FUENTES

La investigación sobre las fuentes de la *Historia de los animales* no adelantó gran cosa, hasta que la crítica literaria no se decidió a analizar la obra desde el principio hasta el fin, señalando los pasajes de Eliano que encontraban paralelo en otros autores de la antigüedad. Tal estudio analítico lo realizaron los filólogos Max Wellmann y Rudolf Keydell en los artículos publicados en la revista *Hermes*^[2] entre los años 1891 y 1937.

En un principio Wellmann creyó que la fuente de Eliano para casi todo el material referido a la ciencia de la Naturaleza era Alejandro de Mindos, pero posteriormente llegó a la conclusión de que Eliano es independiente de Plutarco y Ateneo, de que el material acumulado por el prenestino deriva de una obra compilatoria, pero que no puede hablarse de una utilización directa de Alejandro a través de alguno de los autores mencionados.

Algunos errores reproducidos por Eliano revelan que éste no utilizó directamente a Alejandro de Mindos (recuérdese la lección *kópes*, que el autor quiere avalar con el testimonio de Homero y que en aquél se leía *skópes*,

como en el escoliasta de Teócrito, I 136, que reproduce la del autor asiático).

Aunque Eliano y Alejandro, cuando mencionan el *katoblépon*, se están refiriendo al mismo animal, es decir, al ñu, difieren en su descripción.

La fuente de Eliano utilizó las *Egipcíacas* del gramático Apión de Alejandría que vivió en tiempos de Tiberio-Calígula. En consecuencia el modelo de Eliano pertenecía, lo mas pronto, a la época de Claudio-Nerón, que no es la época de Alejandro, el cual vivió, si hemos de creer a Plutarco (*Vida de Mario* 17), en tiempos de éste. Plutarco, para distinguirlo del otro Alejandro contemporáneo y acompañante de Craso, lo llama mindio.

Surge a mediados del siglo I la gran compilación utilizada por Plutarco, Ateneo y Eliano.

El mindio debió de vivir, como decimos, en tiempos de Tiberio y él debió de proporcionar a Eliano y Plutarco las excerptas de Apión.

El modelo de Eliano no debió de ser un escritor naturalista, sino más bien un gramático porque «la obra sólo en una pequeñísima parte es descriptiva y las partes descriptivas no se derivan, como era de esperar, de Aristóteles, sino del *Epítome* que hizo Aristófanes de Bizancio de la *Historia Natural* aristotélica».

La obra que utilizó Eliano fue, sin duda, una compilación de excerptas ordenadas por animales o por nombres de autores, entre los cuales figuraban: Heródoto, Ctesias, Teofrasto, Eudemo, Clearco de Solos, Clitarco, Megástenes, Agatárquidas de Cnido, Amintas, Filarco, Arquelao, Bolo, Polemón, Filón, Sóstrato, Leónidas de Bizancio, Demóstrato, Juba, Alejandro de Mindos, Apión. Pero Eliano no se atuvo estrictamente a este *Epítome* o miscelánea, sino que lo amplió tomando datos de la obra de Télefo de Pérgamo, autor que vivió a mediados del siglo II.

Hay que admitir también que ciertos capítulos de Eliano encuentran paralelos en escritores como Clemente

de Alejandría, Ateneo y Pólux, que han tomado sus datos de los escolios a la literatura gramatical. Estos datos se refieren a nombres de peces, a sus hábitos y a su naturaleza, a los nombres de ciertos insectos como las cigarras, a los diversos tipos de mántica, a las diferentes clases de cer-nícalos, etc.

Afirma Wellmann que «otra característica del modelo utilizado por Eliano es la aspiración a buscar y encontrar en Homero los inicios de la zoología». Homero gozaba, a la sazón, de un prestigio sin mengua; era como la Biblia del pueblo griego, el libro que sirvió de texto a la juventud, libro en el que los jóvenes aprendían a leer y en el que encontraban respuesta a todos los enigmas de la religión, de la moral, de la geografía, de la botánica, de la zoología, etc. Lo afirmado por Homero era artículo de fe. Si la vulgata homérica, que era el texto manejado por Eliano, llamaba a ciertos halcones marinos *kópes*, sin sigma inicial, era necio contradecirle, aunque el testimonio unánime de los demás escritores afirmara que había que leer *skópes*. Hasta hombres de criterio tan independiente como Aristóteles y Teofrasto acuden (cf., respectivamente, III 78; VI 145 y IX 79, 112, 225) al testimonio de Homero en apoyo de sus aserciones. Este prestigio sube de punto por influjo del estoicismo y de la filología de Pérgamo, cuyo máximo representante fue Crates, y se continúa en los escritores cristianos.

Pero hay que tener presente que muchas veces las noticias que Eliano transmite no están tomadas de Homero, sino de los escoliastas del poeta. Podríamos corroborar este aserto con muchos pasajes de Eliano, pero baste a nuestro propósito el de V 45, en donde, comentando la expresión *sýs leibóteira* de Homero (*Od.* XVIII 29), dice que en Salamina de Chipre, a los jabalíes que entran en los sembrados a comer la mies, les quebrantan, de acuerdo con la ley, los dientes. Pues bien, el escolio a este pasaje (obra, quizás, de Dídimo) dice lo mismo.

Es evidente que tanto Eliano como Plutarco, Pólux y otros se benefician de las noticias que traen los escoliastas en sus comentarios. Eliano resuelve la cuestión relativa a si las ciervas tienen cuernos en contra del parecer de Aristóteles (*Hist. Animal.* IV 128) y Juba, citado por Plinio (*Hist. nat.* VIII 115), recurriendo a los poetas Sófocles, Eurípides y a los líricos Píndaro y Anacreonte, y al citar a éste trae una conjetura de Zenódoto con apelación a Aristófanes de Bizancio. Pero toda esta apabullante erudición descansa, en último término, en Dídimo-Pánfilo. Y Pánfilo en su léxico sacó a plaza, en lo referente a noticias zoológicas, a los mismos escritores, cuyos datos pormenorizados podemos leer en Eliano, Pólux y Ateneo.

Se trata, según Wellmann, de los siguientes escritores: Alejandro de Mindos, Leónidas de Bizancio, Clitarco, Crisipo de Solos, Clearco, Pitágoras (en su escrito *Sobre el Mar Rojo*), Heródoto, Ctesias, Teofrasto (en su obra *Sobre los animales mordedores y heridores*), Sótrato, Demócrito.

Hay que anotar, finalmente, el hecho importante de que las colecciones de noticias y excerptas de Pánfilo no se concretaron a ser las fuentes en donde bebieron los autores que figuran en la *Historia de los animales* de Eliano y Eliano mismo, sino que influyeron en la literatura científica de épocas posteriores.

Dos tendencias se advierten en los seguidores de Pánfilo: la tendencia glosográfica representada por Calímaco en su *Peri órneon* y la puramente científica representada por Aristófanes de Bizancio, el cual sistematizó en su *Epítome* las obras zoológicas de Aristóteles empleando un método de ordenación que luego siguieron otros escritores.

Concluiremos este apartado diciendo que, prescindiendo de valores intrínsecos que pueda tener la obra de Eliano, el principal interés que ofrece es el de presentarnos el pensamiento de muchos autores, cuyas obras podemos considerar definitivamente perdidas.

IV. VALORACIÓN DE LA «HISTORIA DE LOS ANIMALES»

1. ERRORES

Casi todo es anecdótico en la obra de Eliano, pero en la época del escritor, la gente, ávida de evasión, admitía de buen grado todo lo que aparecía adobado con anécdotas absurdas, maravillosas, exóticas, increíbles. Florece en esta época toda una literatura paradoxográfica que hace las delicias del público. Una de ellas es la *Historia de los animales* de Eliano que ofrecía la singularidad de que estaba escrita en griego en una época en la que los hombres cultos, como todos los que integraban el círculo de Julia Domna, podían expresarse en griego. Ello quiere decir que los difusores de la obra de Eliano no fueron precisamente los desheredados de la fortuna ni las gentes del campo que apenas podían leer su propia lengua, sino los intelectuales.

Cuesta trabajo pensar que hombres de la talla intelectual de Galeno, Ateneo y los jurisconsultos Papiniano y Ulpiano, por no citar más que a unos cuantos representativos, creyesen las fantásticas historias que nos cuenta Eliano y de las que ofrecemos a continuación una selección extraída de los cinco primeros libros:

Se cuentan historias de animales capaces de enamorarse, hasta el frenesí, de seres humanos. Un perro se enamora de la citarista Glauce; otro, de un muchacho de Solos de Cilicia llamado Jenofonte. Una grajilla se enamora hasta enfermar de un lindo muchacho de Esparta (I 6). Un elefante (I 38) se deja avasallar por la belleza de una mujer, y su cólera se aplaca ante la contemplación del ser amado. En el libro VI 54 y 56 se describen, respectivamente, los amores de un áspid con un ansarero y de una foca con un buceador tan feo como ella, que se dedicaba a ex-

traer esponjas del fondo del mar. Los ánsares (V 29) son especialmente enamoradizos; y en I 50 se nos habla del monstruoso ayuntamiento de una murena con una víbora.

La naturalidad con que Eliano cuenta todas estas uniones *contra natura*, a las que hay que añadir casos de bestialismo, creo que refleja el estado moral de una sociedad sumida en profundos abismos de abyección y que las aludidas repugnantes escenas no debían de ser tan infrecuentes como pudiera parecer a la sensibilidad moral del hombre actual.

Es verdad que entre animales inferiores se dan escenas de canibalismo: está comprobado que la *mantis religiosa* hembra devora al macho en el momento de la cópula, que la salamanquesa devora a las crías de otra salamanquesa si le aprieta el hambre, pero lo que cuenta Eliano (I 24), aun a sabiendas de que es mentira (mentira para nosotros), produce un repeluzno de horror: la víbora hembra devora al macho en el momento de la cópula, y los viboreros vengán al padre royendo el vientre de la madre al nacer.

Parece como si Eliano quisiera inculcarnos la creencia de que la corrupción fisiológica puede ser fuente de seres malignos productores de maldad. Y así (I 51) las serpientes nacen del tuétano corrompido del espinazo de un hombre malvado muerto. Los cuerpos de los hombres honrados, después de muertos, descansan en la sepultura mientras «el alma de los tales recibe los cantos y los himnos de los sabios; mas el espinazo de los malvados cría estas bestias, aun después de muertos sus dueños». En cambio (I 28), del tuétano del animal más veloz, que es el caballo, nace también un animal velocísimo: la avispa.

Eliano se convierte en pregonero convencido de seres fabulosos, que en la Edad Media habían de convertirse en objeto predilecto de la fantasía literaria y popular: el unicornio y los grifos. Del primero qué maravillas nos cuenta (III 41): el cuerno del unicornio (que puede ser asno o ca-

ballo) tiene la propiedad maravillosa de preservar de la muerte a todo el que bebe de él la ponzoña que algún truhán echó. Los grifos son cuadrúpedos que Eliano, basándose en la *vox populi* y en algún historiador como Ctesias, describe con morosa delectación de manera que parece como si creyera en la existencia de estos seres fantásticos, guardadores del oro de Bactria.

El apartado de las creencias supersticiosas es muy abultado. Eliano cree que los pájaros saben protegerse, mediante el empleo de ciertas hierbas, contra la hechicería (I 35); la víbora cerastes no daña a los libios de la región de Psilos, pero sí a los de otros pueblos (I 57); el lagarto tiene una vitalidad tan grande que no muere si se le parte en dos: cada parte seguirá viviendo y arrastrándose con sus dos patas. «Luego, cuando se encuentran las dos mitades (este encuentro se realiza a menudo) se juntan y se acoplan después de haber estado separadas» (II 23). El ratón es para Eliano una criatura maravillosa porque su hígado crece y decrece según crece y mengua la luna (II 56). Creta (V 2) es tierra hostil a las lechuzas y a las serpientes, a pesar del testimonio en contra de Eurípides en su *Poliido* respecto a las primeras. A veces quiere comunicar al lector su misma convicción de la realidad de un hecho a todas luces imaginario o irreal haciendo protestas de haberlo visto. «No necesitaré en este punto acogerme al testimonio de la Antigüedad, sino que diré lo que he visto». Y lo que ha visto es el inefable suceso del lagarto que recuperó la vista de que le privó un hombre quebrantándole las pupilas con un punzón de bronce, por la intervención de un anillo prodigioso (V 47).

A la esfera de la superstición pertenece también el recuento que hace (IV 18) de los objetos venenosos para ciertos animales. Muy seriamente dice que «se mata a un escarabajo echándole encima rosas».

En IV 48 se nos dice que para aplacar a un buey irritado «sólo un hombre puede sujetarlo y hacerle desistir de

su ímpetu atando una venda a su propia rodilla derecha y poniéndose frente a él». Es la consabida magia simpatética, en la que, por lo visto, no sólo el vulgo, sino también Eliano creía.

Superstición es también la creencia de que se hace eco Eliano en V 9, según la cual las cigarras de Regio y de Lócride son mudas en el territorio contrario, es decir, en el territorio que no es su residencia.

A veces los asertos son tan extravagantes que rayan con lo cómico, como cuando se afirma con toda seriedad que el gallo provoca un sentimiento de miedo en el león y en el basilisco. Claro que Eliano no hacía más que preguntar algo que era *doctrina communis*.

Abundan también los relatos divertidos en los que el lector perdona su inverosimilitud en gracia al esparcimiento del ánimo que acarrearán. Me refiero, por ejemplo, al pasaje (III 6) en que se cuenta la manera de atravesar un río los lobos: «Se muerden la cola unos a otros y se tiran a la corriente, la cual atraviesan a nado sin apuros y sin peligro».

Todavía más entretenido y hasta jocoso es el relato (IV 39) en que Eliano describe la astucia empleada por la zorra para matar a las avispas y apoderarse, luego, de la miel fabricada por ellas.

Dijo Cervantes que no hay libro malo que no contenga algo bueno. Dos cosas buenas tiene la obra, cuya valoración estamos haciendo: alguna consideración de índole científica que puede ser aceptada por la ciencia moderna y una idea filosófica matriz que domina toda la obra y que es quizás la más valiosa aportación. Sobre esto último ya hablaremos oportunamente. En cuanto a lo primero hay que hacer resaltar lo siguiente:

2. ACIERTOS

a) Eliano admite (I 11) que las aptitudes para fabricar la miel otorgadas por la Naturaleza a las abejas han ido perfeccionándose a través del tiempo.

Así parece deducirse de la siguiente frase: «el tiempo las ha instruido en el arte de fabricar miel». Esto equivale a admitir en la abeja la misma evolución que la ciencia moderna admite desde Lamarck y Darwin. Claro que en este caso la evolución afecta sólo a las facultades psíquicas del insecto y no a su organización anatómica.

b) Eliano reproduce una exacta definición (V 43) de Aristóteles del insecto que los entomólogos modernos llaman como el estagirita y el prenestino. En efecto dice éste: «Aristóteles dice que a orillas del río Hípanis hay un insecto que recibe el nombre de "efémera", el cual nace con el crepúsculo matutino y muere cuando el sol empieza a ocultarse». Claro que el término, en Eliano, tiene mucha mayor extensión que en la ciencia moderna y puede referirse a los Efeméridos propiamente dichos, como esos minúsculos insectos alados que revolotean sobre la superficie de las aguas y que no son lepidópteros, ya que sus alas carecen de escamas, o puede referirse incluso a insectos del género *Drosophila*, la mosca del vinagre, tan empleada en la investigación genética. De ellas se dice (II 4) que «nacen en el vino y, al abrir el recipiente, salen volando, ven la luz y mueren». Sería mucho pedir a Eliano lo que ni siquiera a Linneo podría pedirse: adscribir a su familia verdadera a estos diminutos insectos, pero mérito grande supone el aplicar sus dotes de observación a unos insectos tan pequeños y llegar a conclusiones verdaderas relativas a su ecología.

c) Cualquiera medianamente instruido en ictiología conoce los recursos empleados por ciertos peces para la protección de sus crías. Sabe que hay unos tiburones pequeños llamados cazones que protegen a sus crías, cuando se asustan, metiéndolas en la boca y «vomitándolas» cuando se aleja el peligro. Lo mismo refiere Eliano (IX 65)